

para la conservacion y seguridad de los dominios de América (1).

Fuesen ó no justas ó atendibles las razones del conde de Aranda y de los que pudieran opinar como él, la neutralidad que aconsejaba era insostenible en el estado á que habian llegado las cosas, porque se habia hecho ya incompatible con las pretensiones mismas del gobierno francés, que al siguiente dia del suplicio del rey habia prevenido á sus agentes diplomáti-

(1) Hé aqui una muestra de las cuentas que Aranda se hacia: «Si pudiésemos mantener una neutralidad armada, las resultas serian infaliblemente las siguientes: Los franceses habrian de ser ó felices ó desgraciados en la contienda. Si eran felices, no se habrian agriado con nosotros, y siéndoles necesario el descanso despues de tanta agitacion, ó cuando menos vivir en lo sucesivo en buena inteligencia con algunos Estados, fuera muy natural que teniendo interés tan verdadero en vivir bien con nosotros, lo hiciesen..... Si los franceses eran desgraciados, entonces si que la inaccion armada seria ventajosa, porque desplegaríamos nuestras fuerzas, y cargando sobre los franceses, ya flacos y turbados con sus reveses por otras partes, daríamos un golpe decisivo y seríamos vencedores sin mucho riesgo. Entonces podria V. M., como tan interesado en restablecer los derechos de su familia, presentarse á reclamar la reposicion de ella en el trono de Francia.

»La neutralidad armada no solo es conveniente con respecto á la contienda de Europa, sino

que nos conviene tambien para nuestros Estados de América. No hay que hacernos ilusiones en cuanto á esto. No se piense que nuestra América está tan inocente como en los siglos pasados, ni tan despoblada, ni se crea que faltan gentes instruidas que ven que aquellos habitantes están olvidados en su propio suelo, que son tratados con rigor, y que les chupan la sustancia los nacidos en la matriz, ni ignoran tampoco que en varias partes de aquel continente ha habido fuertes conmociones, y costado gentes y caudales el sosegarlas; para lo cual ha sido necesario que fuesen fuerzas de Europa. No se les oculta nada de lo que por aqui pasa, tienen libros que los instruyan de las nuevas máximas de libertad, y no faltarán propagandistas que irán á persuadirles, si llega el caso. La parte del mar del Sur está ya contagiada; la del mar del Norte tiene, no solo el ejemplo, sino tambien el influjo de las colonias inglesas, que estando próximas pueden dar auxilios. Rodéanla tambien muchas islas de varias naciones, que en caso de levantamientos se mirarian como americanas..... etc.»

cos que declarasen la guerra á toda nacion que no diese una respuesta categórica y satisfactoria. Prueba de ello es que en la conferencia que aun tuvo el duque de la Alcudia con el ciudadano Bourgoing, todavia el ministro español se avenia á entrar en nuevo ajuste con Francia con solas dos condiciones: la primera, que se tratase sobre la suerte de los augustos y desgraciados presos que aun gemian sin consuelo alguno en el Temple; la segunda, que el gobierno de la república revocára los decretos concernientes al sistema de propaganda y de subversion de los demas pueblos, reprimiendo tambien la anarquía de las facciones, dejándola por lo demás gobernarse interiormente como quisiera, con tal que ella no inquietára las demas naciones. A lo cual respondió Bourgoing, no sin manifestar gran pena, que no se atrevia á proponer condiciones tan razonables y justas, porque las instrucciones de su gobierno eran terminantes, que no permitia mas partido que la neutralidad y el desarme reciproco, pero reservándose la Francia el derecho de mantener guarniciones suficientes en sus puertos inmediatos á la frontera. «La guerra, añadió, es infalible si la España no desarma.—Pues bien, replicó Godoy, la España está justificada.» Y se terminó la conferencia, y Bourgoing pidió sus pasaportes para Francia.

Asi fué que la primera declaracion de guerra partió de la Convencion (7 de marzo, 1793). Fundábala ó en frívolos pretestos ó en supuestos ó exagerados

agravios, contando entre estos, «que el rey de España había mostrado adhesión á Luis XVI. y de él traslucir un designio formal de sostenerle,» como si se esto pudiera hacérsele un cargo, y menos un crimen (4). Del espíritu de aquel documento, redactado por el célebre Barrére, pueden dar idea los siguientes breves párrafos de su principio y de su conclusion: «Las intrigas de la córte de San James, decia el primero, »han triunfado en Madrid, y el nuncio del papa ha afilado los puñales del fanatismo en los Estados del rey »Católico.» «Se necesita obrar, decia el último, y que »los Borbones desaparezcan de un trono que usurparon con los brazos y tesoros de nuestros padres. Sea »llevada la libertad al clima mas bello y al pueblo mas »magnánimo de la Europa.»

El manifiesto con que el gobierno español contestó á aquella declaracion de guerra fué mas mesurado en el lenguaje, sin dejar de ser mas fuerte y mas justo

(4) Reducianse los demás á lo siguiente: Que España había ultrajado la soberanía del pueblo francés, dando constantemente á Luis XVI. el título de soberano:—Que los franceses residentes en España habían sufrido multiplicadas vejaciones:—Que los españoles habían favorecido la rebelion de los negros de Santo Domingo:—Que el gobierno español despues del 10 de agosto de 92 mandó retirar á su embajador de París, no queriendo reconocer el Consejo ejecutivo provisional:—Que España había hecho arma-

mentos de mar y tierra, dando á entender con esto que entraba en la coalicion de las potencias enemigas de la Francia:—Que enviaba tropas á la frontera, y amparaba á los emigrados:—Que recibida la noticia del suplicio de Luis XVI., el rey de España había inferido agravio á la república suspendiendo sus comunicaciones con el embajador:—Que el gobierno español se había aliado intimamente con el gabinete inglés, al cual la república había declarado guerra, etc.—Monitor del 8 de marzo, 1793.

en las peticiones y en las quejas. «Mis principales miras, »decia el rey despues en un corto y sentido preámbulo, »se reducian á descubrir si sería dable reducir á los »franceses á un partido racional, que detuviese su desmesurada ambicion, evitando una guerra general en »Europa, y á procurar conseguir á lo menos la libertad del rey Cristianísimo Luis XVI. y de su augusta »familia, presos en una torre y espuestos diariamente »á los mayores insultos y peligros. Para conseguir estos fines tan útiles á la quietud universal, tan conformes á las leyes de la humanidad, tan correspondientes á las obligaciones que imponen los vínculos de la »sangre, y tan debidos al mantenimiento del lustre de »la corona, cedí á las reiteradas instancias del ministerio francés, haciendo estender dos notas en que se »estipulaba la neutralidad y el retiro recíproco de tropas. Cuando parecia consiguiente á lo que se había »tratado las admitiesen ambas, mudaron la del retiro »de tropas, proponiendo dejar parte de las suyas en »las cercanías de Bayona, con el especioso pretesto de »temer alguna invasion de los ingleses, pero en realidad para sacar el partido que les conviniese, manteniéndose en un estado temible y dispendioso para »nosotros..... Habia mandado yo que al presentar »en París las notas estendidas aquí, se hiciesen los »mas eficaces oficios en favor del rey Luis XVI. y de »su desgraciada familia; y si no mandé fuese condicion »precisa de la neutralidad y desarme el mejorar la

» suerte de aquellos príncipes, fué temiendo empeorar  
 » así la causa en cuyo feliz éxito tomaba tan gran parte y tan  
 » debido interés..... Su mala fé (la del ministerio  
 » francés) se manifestó desde luego, pues al paso que  
 » se desentendía de la recomendacion é interposicion  
 » de un soberano que está á la frente de una nacion  
 » grande y generosa, instaba para que se admitiesen  
 » las notas alteradas, acompañando cada instancia con  
 » amagos de que, si no se admitian, se retiraría de aquí  
 » la persona encargada de tratar sus negocios. Mientras  
 » continuaban estas instancias, mezcladas con amenazas,  
 » estaban cometiendo el cruel é inaudito asesinato  
 » de su soberano..... Finalmente, el día 7 del corriente  
 » nos declararon la guerra, que ya nos estaban  
 » haciendo (aunque sin haberla publicado) por lo ménos  
 » desde el 26 de febrero, pues esta es la fecha de  
 » la patente de corso contra nuestras naves de guerra  
 » y comercio..... En consecuencia de tal conducta,  
 » y de las hostilidades empezadas por parte de la Francia,  
 » aun antes de declararnos la guerra, he expedido  
 » todas las órdenes convenientes á fin de detener, rechazar  
 » ó acometer al enemigo por mar ó por tierra...  
 » y he resuelto y mando que desde luego se publique  
 » en esta córte la guerra contra la Francia, etc. En  
 » Aranjuez á 23 de marzo de 1793 (1).»

Menester es decir, en honor de la verdad, que

(1) Este documento se publicó en la Gaceta de 29 de marzo.

también el rey, antes de la declaracion de guerra por parte de Francia, habia mandado salir de sus dominios en el término de tres dias á todos los franceses no domiciliados en ellos, con prevenciones harto rigurosas y fuertes para la ejecucion de esta medida (1). Por lo demas, es para nosotros indudable que esta guerra contra la Francia, fuese ó no conveniente (de lo qual juzgarémos después), era entonces popularísima en España. Desde antes de la declaracion, desde el mes de febrero, viéndola ya venir, y todo aquel año y el siguiente, las Gacetas salian llenas y atestadas de ofertas y donativos voluntarios para la guerra. Y no solo se puso en pié un ejército respetable compuesto todo de gente voluntaria, sin necesidad de hacer ningun sorteo, sino que dinero, armas, vestuario, municiones, caballos, provisiones, efectos y útiles de todas clases, cuanto podia necesitarse para sostener una larga campaña, todo salió de estas donaciones gratuitas que á competencia se apresuraban á ofrecer los españoles de todos los estados y categorías. Prelados y títulos, corporaciones eclesiásticas y civiles, ricos y pobres, jóvenes y ancianos, viudas y doncellas, todos sin distincion, segun sus fortunas, su estado, sus condiciones y sus fuerzas, rivalizaron en desprendimiento y patriotismo, llevando al altar de la patria la ofrenda de su capital ó de su persona, del fruto de sus tierras

(1) Real Provision de 4 de marzo á los señores del Consejo.

ó de la habilidad de sus manos: «Todas las bolsas fueron abiertas, todos los brazos se ofrecieron, dice un escritor francés (por cierto nada amigo del ministro español). La nación española superó á cuanto en las demás épocas de la historia moderna se ha contado en materia de ofrendas hechas por el patriotismo de los pueblos á los gobiernos que han buscado su apoyo (1).»

Formáronse inmediatamente tres cuerpos de ejército, uno en la frontera de Guipúzcoa y Navarra, al mando de don Ventura Caro; otro en la de Aragon, á las órdenes del príncipe de Castelfranco; y el tercero en las de Cataluña, que se confió al bizarro general don Antonio Ricardos. Los dos primeros habian de estar á la defensiva. El último era el que habia de penetrar en Francia por el Rosellon; plan atrevido, por lo mismo que era la parte que tenían mas defendida los franceses, protegidos por la plaza de Bellegarde, por el castillo de los Baños, Collioure y Portvendres, y por la línea del Tech. Pero por la propia razón convenia prevenir una invasion francesa en España por aquella parte; era tambien mas fácil sorprender al enemigo, que no podia esperar verse acometido por aquel lado,

(1) El abad de Pradt, arzobispo de Malinas, en sus *Memorias históricas sobre la revolucion de España*.

«Los extranjeros, dice otro escritor español (tampoco amigo del duque de la Alcudia), se admiraron del patriotismo de los

españoles en los donativos hechos al rey para los gastos de la guerra contra Francia. Ninguna otra nación mostró tanta generosidad y ardor en aquel tiempo.» — Don Andrés Muriel, *Historia MS. del reinado de Carlos IV.*

y ofreció además esta empresa la ventaja de dar la mano á la expedicion naval que se proyectaba enviar al Mediterráneo para impulsar y aprovechar las disposiciones hostiles de las poblaciones marítimas francesas contra los excesos de la república.

Cualesquiera que fuesen las dificultades de este plan, admiró á todos la inteligencia y bizarría con que supo vencerlas todas el general Ricardos, realizando lo que se consideraba una peligrosa osadía, y hasta una temeridad. Con poco mas de tres mil hombres invadió el Rosellon, donde la república tenia repartidos diez y seis mil: en poco tiempo se apoderó de las primeras líneas de defensa de los Pirineos Orientales; tomó á Ceret, ocupó á San Lorenzo de Cerdá, abrió un camino en el Coll de Pertell para el transporte de la artillería, arrojó á los enemigos de Arlés, y reforzado con algunos cuerpos, hasta el número de diez y ocho mil hombres, ganó en Mas d'Eu la primera batalla campal contra superiores fuerzas francesas mandadas por el general Deflers (18 de mayo, 1793), causando con este triunfo tal turbacion en Perpiñan, que las baterías de la ciudad hicieron fuego contra las mismas tropas que se retiraban á la plaza creyendo ser españolas, y las autoridades se refugiaron con los archivos á Narbona. Dueño con esto Ricardos de la mayor parte de la corriente del Tech, puso sitio á Bellegarde, se apoderó del fuerte de los Baños (3 de junio, 1793), de el de la Guardia, y por último se le rindió

por capitulación Bellegarde (24 de junio); por lo cual pudo ya Ricardos avanzar mas terreno sobre Thuir, establecer dos campos, y no obstante los refuerzos que del interior llegaban cada dia al enemigo, imponerle de modo que no se atrevió á darle la batalla con que los franceses querian celebrar el 14 de julio, y para la cual habian hecho grandes y ruidosos preparativos. Nuevos y parciales triunfos le hicieron dueño de los llanos del Rosellon hasta el Tet, no quedando á los franceses sino los campos inmediatos á Perpiñan.

Victoriosamente proseguia Ricardos esta campaña. Arrojó, aunque á costa de sangre, al enemigo de los puestos de Urles y Cabestany, haciendo prisionero al general Fregeville. Todavía mas costosa y sangrienta fué la ocupacion de Peyrestortes (8 de setiembre, 1793), en que para decidir la victoria fué menester que un batallon de Navarra y algunas compañías de provinciales se arrojáran á la bayoneta sobre las baterías enemigas, despreciando la lluvia de metralla que vomitaban. Al dia siguiente, reforzados los franceses con las tropas de Salces, recobraron á Peyrestortes, teniendo los nuestros que replegarse á sus dos campos, mas no sin costar la vida á los generales de la Convencion Jonye y Vidal-Saint-Urbin. Aquel dia el valiente general español Courten peleó y se sostuvo por espacio de diez y siete horas contra cuádruples fuerzas enemigas, consiguiendo sacar á salvo su division. Ordenes y amenazas de la Convencion obligan al general

francés Dagobert á dar una batalla que pueda volver la honra á las armas de la república, para lo cual le envia un refuerzo de diez batallones de tropas veteranas, y los convencionales Cassagne y Favre vienen á presenciar las operaciones y á animar los combates. Ricardos la acepta: Dagobert se propone envolver nuestro ejército, cortarle la retirada á la frontera, y terminar la campaña por medio de un gran golpe; y el 22 de setiembre (1793) se da la famosa batalla de Truillas, así llamada del sitio en que el ejército español tenia su centro. Los franceses pelean como desesperados; Dagobert da nuevas muestras de valor y de pericia militar; pero los soldados españoles luchan como fieras; entre los gefes se señalan el conde de la Union, el duque de Osuna, Courten, Crespo, el baron de Kesel y el brigadier Godoy, hermano del duque de la Alcudia; Ricardos sobre todos gana en esta jornada laureo impercedero: los viejos regimientos franceses y los guardias nacionales de dos departamentos perecen en su mayor parte; rebosa de cadáveres enemigos el Thuir; mas de seis mil son sus muertos y heridos; nuestra pérdida una tercera parte (1).

(1) Los sucesos de esta campaña, con los pormenores de cada una de las acciones, constan extensamente en las Gacetas de aquel tiempo. Los diarios y relaciones de la república no ocultaron nuestras ventajas; y Thiers, en su Historia de la Revolucion (tom. I. c. 4.º y 8.º), aunque poco estenso en la relacion de la campaña de los Pirineos Orientales, está en ella conforme con la que acabamos de hacer.—Carlos IV., que se hallaba en el Escorial, mando cantar el Te-Deum por el triunfo de Truillas, no solo en la iglesia del monasterio, sino en todas las de la corte, y en su Real

Reforzados los franceses con quince mil hombres la noche siguiente á su desastre de Truillas, fué forzoso á Ricardos trasladar su campamento á Boullou, donde estuvo veinte y cuatro dias sosteniendo ataques continuados, ya generales, ya parciales, sin descansar nuestras tropas de dia ni de noche. «Es imposible, dice con razon un escritor español, alabar bastante-mente la pericia, la sangre fria y el acierto de Ricardos en aquella rara prueba en que fué puesto su valor y su talento, y seria escribir un tomo entero referir las hazañas de nuestro ejército en aquella gran defensa.» Y despues de contar algunas de las mas notables, y de mencionar varias nuevas victorias, en una de las cuales murió peleando el convencional Favre, y qun los republicanos para atenuar el deshonor de tantos desastres atribuyeron infundadamente á traicion (1), concluye asi la reseña de aquella gloriosa campaña: «Treinta mil hombres (franceses) distribuidos, una parte en las cumbres coronadas de baterías que parecian inespugnables, y otra parte en los llanos atacan-

capilla. Mas adelante dió el título de condesa de Truillas á la viuda de Ricardos.

(1) «Escuchad ahora con valor (dijo un dia el secretario Barrère dando cuenta á la Convencion de los sucesos militares) los reveses y las pérdidas que la traicion os ha hecho sufrir por el lado de Perpiñan que amenazan los españoles, hechos dueños del castillo de San Telmo, de Bañols,

Portvendres y Collioure. Los castillos se abandonaron, y nuestro ejército está deshecho y totalmente derrotado; mas la Junta de salud pública ha tomado ya á esta hora medidas vigorosas, etc.» —Para honor de Francia y de España se probó hasta la evidencia que no habia habido semejante traicion, ni esta por lo tanto habia podido ser la causa de tales derrotas.

do nuestros flancos, defendian palmo á palmo el suelo de su patria. Todo empero fué superado, y todo fué vencido en dias contados. La postrer batalla fué dada sobre la derecha y centro del ejército enemigo; y completando sus derrotas en el campo que les quedaba atrincherado cerca de los lugares de Treseres y de Bañols-les-Aspres.... El producto de estas acciones poderosas fueron por lo menos doce mil prisioneros, diez y seis banderas, todo el parque y los almacenes de San Genis, la mayor parte de las piezas de veinte y tantas baterías que cayeron en nuestras manos, intactas las mas de ellas, multitud de carros y de bestias de tiro y de carga, el arsenal de Collioure, ochenta y ocho piezas que guarnecian sus fuertes, sus ricos almacenes, treinta buques cargados de harinas y forrages, un gran surtido de ropage, provisiones cuantiosas para el servicio de los hospitales, y toda suerte de pertrechos para el servicio de un ejército. Este golpe de mano que nos valió á San Telmo, á Portvendres, al Puig del Oriol y á Collioure, el mejor puerto de aquel lado, fué la obra de diez y nueve horas de afanes militares. Despues de estos sucesos, nuestras tropas, asentados y seguros sus cuarteles de invierno en la tierra estrangera, cual ninguna otra potencia tuvo la suerte de lograrlos, se entregaron al descanso, bien ganado (1).»

(1) Memorias del principe de la Paz, tom. I. cap. 46.

No es el apasionamiento el que dictó estas frases al ministro español. Los historiadores franceses hablan en el mismo sentido de esta campaña, que frustró los esfuerzos y gastó el prestigio de cuatro de sus acreditados generales, Deflers, Dagobert, Turreau, Doppet. «El ejército, dice entre otras cosas el ilustrado y mas reciente autor de *La Revolución francesa*, estaba desorganizado, se batió flojamente en las inmediaciones de Ceret, se perdió el campamento de Saint-Ferreol, y Ricardos se vió de esta manera libre del peligro de su situación. Presto supo él vengarse con mas habilidad del peligro en que se habia hallado, pues cayendo el 7 de noviembre (17 de brumario) sobre una columna francesa compuesta de diez mil hombres, que estaba acorralada en Villalonga á la orilla derecha del Tech, entre el río, el mar y los Pirineos, la deshizo y la puso en tal desorden, que no pudo reunirse hasta llegar á Arjelés. Ricardos hizo atacar poco después á la division de Delatre en Collioure, se apoderó de esta plaza, de Portvendres y de San Telmo, y nos lanzó enteramente al otro lado del Tech, terminándose la campaña en los últimos dias de diciembre. Los españoles se acuartelaron en las orillas del Tech; los franceses se acamparon al rededor de Perpiñan y en las riberas del Tech; y aunque nosotros habíamos perdido algun terreno, no era tanto como debia temerse despues de tales desastres. Por lo demas, *era la única frontera en que no se habia concluido la campa-*

*na gloriosamente para las armas de la república* (1).»

Aunque por el lado de los Pirineos Occidentales la guerra habia sido menos activa, porque en general se redujo á mantener la defensiva por ambas partes, ni faltaron porfiados ataques y frecuentes acometidas y reencuentros, ni careció de gloria para las armas de nuestra patria. Mandaba en gefe aquel ejército el bizarro general don Ventura Caro, que hizo el gran servicio, no solo de mantener la integridad del territorio español, rechazando siempre con fortuna cuantas agresiones intentaron los franceses, sino de ocupar puestos en suelo francés mas allá del Bidasoa de que no pudo ser arrojado. Hubo algunas acciones brillantes, tal como el ataque y toma de Castillo-Piñon por el lado de Navarra, posicion que se miraba casi como inexpugnable, y cuya conquista por lo mismo arrancó á un escritor militar francés grandes elogios al arrojo de los españoles, y á la intrepidez del general Caro, que atormentado de la gota se hizo conducir en unas parihuelas hasta el pié de las trincheras enemigas; «la jornada de 9 de junio, añade aquel escritor, pasará á la posteridad como uno de los monumentos auténticos que atestiguan el valor de las tropas españolas (2).»

(1) Thiers, *Revolucion francesa*, tom. III. cap. 8.

(2) Mr. de Marcillac, *Histoire de la guerre entre la France et l'Espagne en 1793, 1794*, etc.

Cuéntase que la esposa del general, no queriendo perderle de

vista en los combates, se situaba en una batería con el antejo en la mano observando todos sus movimientos, espuesta á verle perecer á cada instante, sin que el fuego de los cañones, ni el estampido de las bombas que solian